

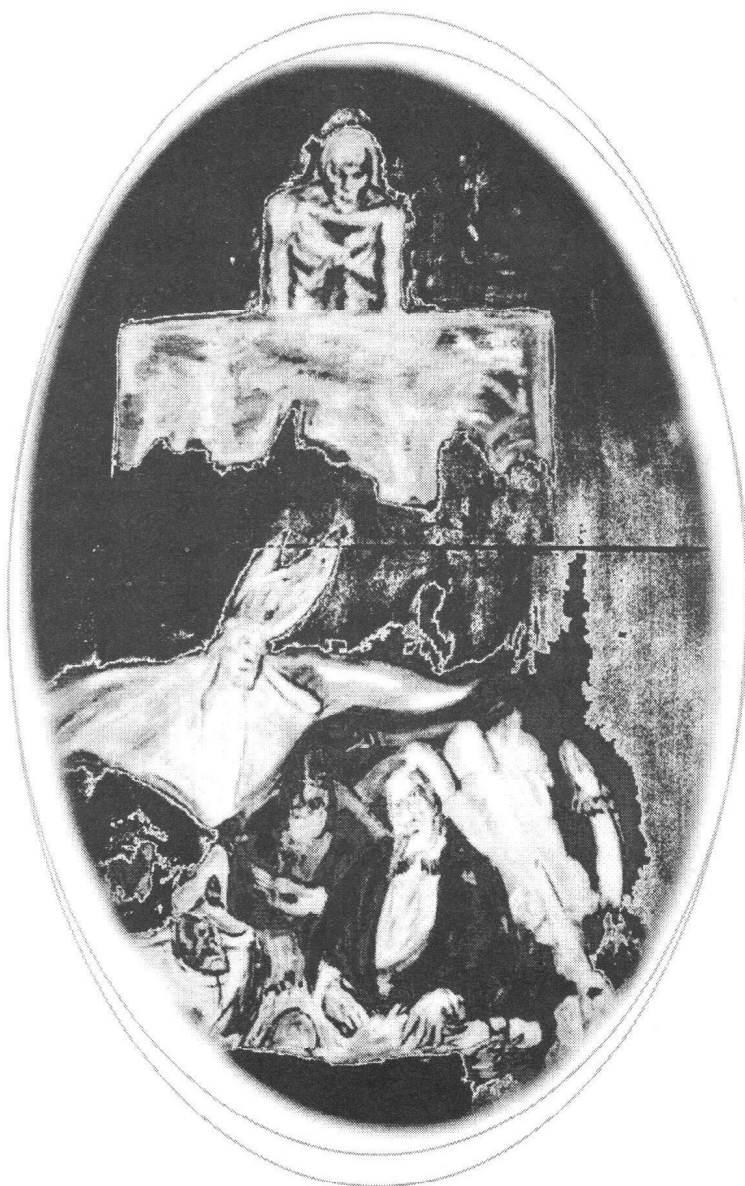
Denuncia, soledad y espera en la obra de Luis Filcer

MA. LORENA LOZOYA SALDAÑA Y
ELIZABETH MILLÁN

Luis Filcer nació en Ucrania, 1927, pero creció en uno de los barrios más tradicionales de México: La Lagunilla, lugar que marcó su vida y obra pictórica, formada en la Academia de San Carlos y en París, la Ciudad Luz.

Filcer cumplió 50 años de creador de imágenes, que amalgaman emociones transformadas en colores y figuras encontradas en el aliento en su mirada. Para celebrar estos años de labor, expuso en el Museo de la Estampa una selección de su obra exhibida en diversos países de Europa y América. Sus cuadros están llenos de contrastes que oscilan entre la sensualidad y el dolor, la soledad y la fiesta. En todos ellos está plasmado su temperamento, que es capaz de conmoverse y estallar ante la injusticia.

Filcer abre la puerta, saluda e invita a pasar indicándonos las escaleras. A la entrada se distingue su área de trabajo iluminada por cuatro ventanales en arco de medio punto, pequeños cuadros en los que están presentes Van Gogh y Munch, entre otros. Las paredes son blancas y el techo está compuesto por una cúpula de ladrillo. En una esquina se ve un esqueleto femenino de larga cabellera, maquillaje excesivo y ataviada con tul negro; hay baúles, pinturas y cuadros del artista, un tórculo, un estéreo, una pequeña



El juicio final.

mesa con esculturas del pintor. En diferentes sillas nos acomodamos en círculo para la plática. El pintor cruza los brazos y habla sobre el niño Filcer:

"Desde que tenía seis meses de edad viví en la calle de República de Cuba, en el centro de esta ciudad. Recuerdo que cuando tenía cuatro años me senté en las escaleras de mi casa y desde allí pude ver una pulquería; primero vi salir a una señora y después a un hombre tambaleante con los ojos inyectados. Me pareció un monstruo, sin embargo también me infundió tristeza y compasión. Creo que ese momento me marcó de alguna forma. Siete años más tarde dibujaba caricaturas de mis maestros, después a mi familia".

El niño Filcer crece mientras el relato continúa: "A los 17 años les dije a mis padres que quería estudiar dibujo, trabajaba con mi papá en La Lagunilla, vendíamos suéteres, ahí también pude ver la miseria y los contrastes que tiene la vida, pues la gente rica era la que más regateaba en los precios, sin embargo los pobres pagaban el precio que les pedía. Esa fue una escuela pues me permitió pintar los contrastes entre las clases sociales. La gente pobre es noble y la considero parte importante de mi obra: obreros, campesinos, cargadores, vendedores en pequeñas tiendas y limosneros eran los modelos que cada sábado veía en La Lagunilla. Esa tristeza y compasión que siento por la gente humilde, ha sido mi línea desde siempre, pinto a los pobres en contra de los ricos, resaltando la ambición de poder y el desprecio a otras clases".

En la adolescencia, Filcer decide estudiar pintura: "En esa época iba a la Academia de San Carlos donde estudié un año, pero era muy costosa, así que opté por tomar clases particulares en la noche, y así lo hice tres años. Más tarde participé en exposiciones colectivas en donde gané dos medallas. Cuando tenía 23 años obtuve una beca para estudiar en París durante dos años, en donde realicé varias exposiciones conjuntas sobre México, en las que participamos un círculo artístico de latinoamericanos. También expuse en Italia. Cuando regresé a México ingresé al Taller de la Gráfica Popular. Estuve temporadas en Europa y otras en México exponiendo mi obra, hasta que decidí residir en Holanda debido a que necesitaba del ambiente que tenía ese país, cálido y tolerante, además de la impresión que causó en mí Rembrandt".

Vivió 20 años en Holanda y durante su estancia en ese continente conoció el genio y

la sensibilidad creativa de grandes artistas como Goya, Van Gogh, Miguel Angel, Botticelli y Tiziano, figuras determinantes para la definición de su estilo: "Soy expresionista", afirma.

Antonio Rodríguez, destacado politécnico, en una breve biografía sobre el pintor opinó acerca de su obra: "Personalmente advierto en ella la presencia humana de Daumier, la rebelde luminosidad de Goya, la austera penetración espiritual de Rembrandt y la incendiaria rebeldía de nuestro Orozco; pero veo el todo vivificado por un acento nuevo, propio, pleno de vida del artista que sólo encontró, en la obra de otros, la forma de encontrarse a sí mismo y expresarlo con un lenguaje muy suyo. Su dibujo, de trazos vigorosos es, a la vez, elocuente y ágil; el color es, con frecuencia llama que más que quemar alumbra y los cuerpos confiesan lo que llevan en el alma".

Para Filcer la lectura del libro "Van Gogh, anhelo de vivir" reafirmó su vocación por las artes plásticas: "Este pintor ayudó a los mineros a buscar carbón, se quitaba la ropa para regalársela a los pobres, él también plasmaba la pobreza, tenemos el ejemplo de los 'Comedores de papas'".

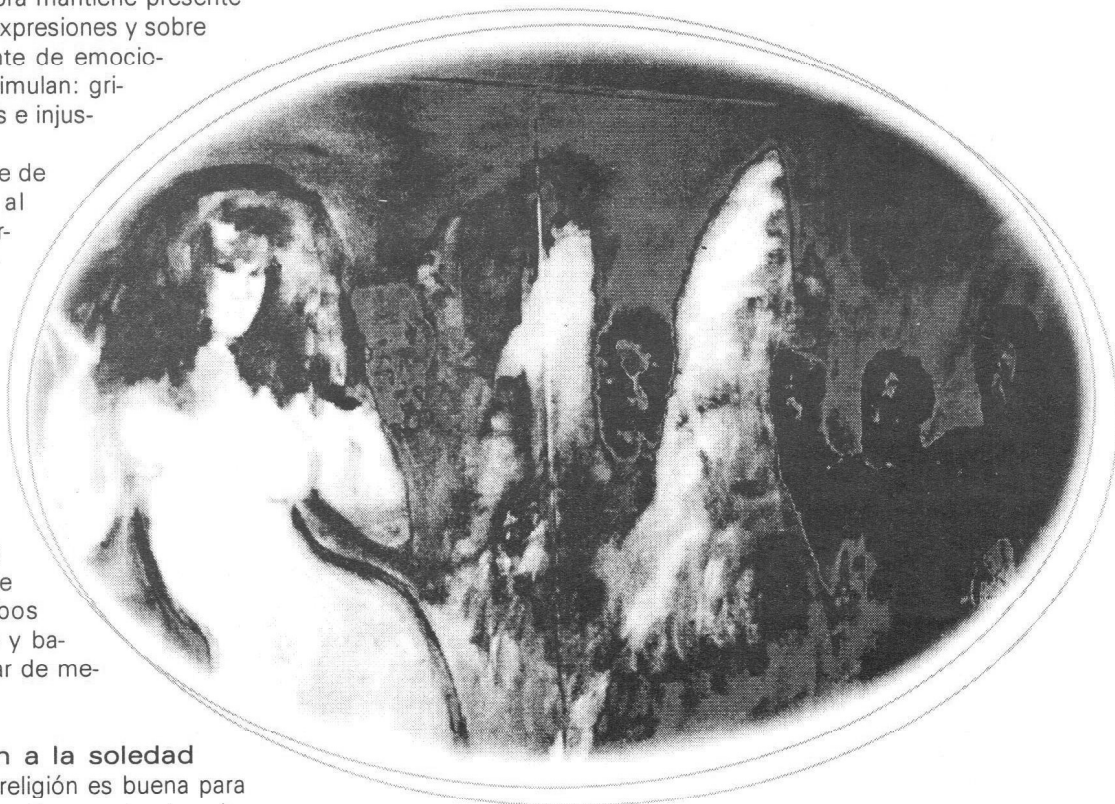


Luis Filcer.

La vida trágica de este gran genio, me impresionó tanto, que quise ser un poco como él".

Filcer plasma en sus creaciones la realidad humana. En su obra mantiene presente los sentimientos, las expresiones y sobre todo, un fuerte torrente de emociones. Los trazos no disimulan: gritan las contradicciones e injusticias del hombre.

"El dibujo es la base de mi trabajo —agrega al mostrar una a una parte de su obra pictórica—, primero hago muchos dibujos para descubrir las formas y los colores en un proceso espontáneo donde encuentro y perfecciono la idea inicial. Considero que así como una pintura, un edificio se construye de igual forma; en ambos debe existir equilibrio y balance, nada debe estar de menos o de más".



El cuarto naranja.

De la seducción a la soledad

Filcer asegura que la religión es buena para la gente, sin embargo está en contra de quienes la dirigen de manera extralimitada. "Considero que cualquier credo da paz interior, pero no estoy de acuerdo con quienes hacen de la religión una industria. Para mí, pintar no es ejercicio religioso, sino una necesidad. Cuando no lo hago, me siento un parásito, por eso todos los días pinto. Para mí es una forma de vivir".

Uno de los temas que predominan en la obra del pintor es la soledad. "El Metro es uno de los temas que más me interesa por la terrible soledad que la gente muestra. Las personas que viajan en él no hablan, esto lo descubrí en la ciudad de Nueva York, donde esta situación se vuelve tremenda, todas las clases sociales y religiosas viajan allí sin ninguna comunicación. Me refiero por supuesto, a aquella soledad que duele, no a la que a veces el ser humano necesita para encontrarse y producir".

En sus cuadros se observa a la mujer que se pasea como un ser elogiado. "Pinto la sensualidad de la mujer porque es sinónimo de belleza, me atraen la redondez de sus formas, además la admiro por su capacidad de dar vida".

A Filcer le molesta la hipocresía, por eso pinta la vida sin disfraces. "Trato de plasmar lo humano, lo bueno y lo malo, para tomar conciencia de que existen estos fenómenos".

Pinta jueces, artistas, toreros, hombres y mujeres tangibles, pero también sus ideas, aspiraciones, seducciones, rencores y miedos. Se embelesa en el color, se vuelve cómplice de cada uno de sus personajes. Su obra es denuncia, grito, carnaval emotivo a través de una mirada sin concesiones.